

## “LA GATA CARLOTA”

Recuerdo que esa gran cocina, era una de las más modernas en la que me ha habido tocado trabajar; era especial y no cualquiera podía acceder a laborar en ella por las exigencias curriculares que pedían y el gran número de profesionales que en el rubro postulaban. Una vez que se lograba ingresar al personal de planta, pasaba por un equipo técnico y de instrucción que lo capacitaban en el uso de los equipos de última generación y políticas propias de la empresa. El complejo era uno de los más grandes de esta zona minera: Restorán, comedores de acuerdo a la ocasión, salones de baile, eventos y conferencias, cafetería, bares, canchas de palitroque y tenis. Normalmente, en la cocina, trabajábamos por turno; mi equipo lo componían tres maestros cocineros con sus respectivos ayudantes, un maestro pastelero y de postres, más dos “volantes” encargados del aseo y lavado de loza; cuando había comidas en eventos especiales como los escasos e importantes casamientos; esporádicos bautizos, cumpleaños, ascensos dentro de las secciones de trabajo que poco entendía - De rol “C” a “B”, de “B” a “A” y de “A” a “E”, que era lo máximo, y en todo esto involucraba un cambio del color del casco de seguridad laboral, también la calidad de vivienda, el lugar poblacional y aun más, el nivel del colegio de los hijos -. También, lanzamientos de candidaturas para dirigentes de los varios sindicatos existentes o aniversarios laborales de las distintas secciones de trabajo; en todas estas oportunidades nos reforzaban con un par de coperos del bar, que en aquellas ocasiones, sin problema, se unían felices y gozosos al coro de la canción en honor a la felina Carlota, cuando nos visitaba. Todos vestíamos un rígido atuendo blanco hasta los zapatos y con el típico gorro alto de cocinero de uso obligatorio. En esos tiempos, lo laboral se asemejaba a la política administrativa que imperaba; antes de partir con nuestro turno, nos formaban en línea de espaldas a la muralla y el jefe nos revisaba hasta las uñas antes de entrar a la cocina.

La historia comenzó, cuando Daniel, uno de los jóvenes ayudantes avanzados de cocina, más “palomilla”, enviados por un Instituto reconocido de la zona; se ponía a cantarle a una gatita que ocasionalmente aparecía maullando por una de las ventanas y automáticamente el que estuviera más cerca, le entregaba un trozo de algún tipo de carne sobrante; mientras este animalito comía, el muchacho le cantaba muy efusivamente:

<i>“Yo soy la gatita Carlota,</i>	<i>mejor me visitas mañana</i>
<i>mi novio es el gato con botas,</i>	<i>Yo te espero en la ventana</i>
<i>me viene a invitar a un paseo</i>	<i>Micifuz, Micifuz</i>
<i>por arriba del tejado.</i>	<i>Por tu amor estoy cucú</i>
<i>No puedo mi madre ha salido,</i>	<i>Dime “Miau, miau, miau</i>
<i>me fue a comprar un vestido,</i>	<i>Mi gatito Micifuz”.</i>

Con el pasar del tiempo, de a poco comenzamos a recordar la letra de la canción y uno a uno tomamos la costumbre de sumarnos en la interpretación musical y amateur coreografía; luego de unos meses, este accionar era general en la cocina y se había transformado rutinario. Esta gata – según yo - de unos ocho años; maciza, de tres colores claros en donde predominaba el blanco matizado de amarillo y líneas plomas, se había acostumbrado a venir algunos días de la semana a alegrarnos un poco nuestra tensionante labor. Nos habíamos habituado, cada vez que asomaba su bigotudo hocico por los barrotes de la ventana, cantábamos en voz alta y a coro. Solo nosotros nos escuchábamos entre los sonidos del lavado de cacerolas, el tamborileo de un sufrido cucharón contra uno de los mesones o algunas cacerolas colgadas, tratando de seguir burdamente el ritmo; el chirriar del aceite de grandes sartenes friendo “lapas arrebozadas” y los golpes de mazo de madera ablandado un trozo de carne para un “lomo a lo pobre”. Era muy claro, por unos minutos nos dábamos un recreo y esa libertad de transformarnos en niños cantando esa canción que todos conocíamos de pequeños, evadíamos por un momento nuestro tensionante y normal accionar laboral; incluso Eladio, que

era el más viejo y cascarrabias del grupo, hasta efectuaba unos pasos de baile blandiendo un cuchillo en su mano derecha y el gorro cocinero en la otra en el momento del pegajoso estribillo al son de la canción.

Esta canción la entonábamos, sin dejar de trabajar en cada uno de nuestras tareas que efectuábamos de acuerdo a las órdenes para la preparación de los platos que los garzones ofrecían a los comensales. En nuestro trabajo, todo se tenía que hacer rápido y “bien echo a la primera” como nos repetía nuestro –querido- gerente.

En este especial y foráneo grupo, diría que cada uno rumiaba su propia vivencia no exenta de dramatismo; recuerdo a Pedro, de tez morena y notoriamente melancólico, oriundo de uno de los pueblos cercano a La Serena, con su pequeño hijo padeciendo una extraña y cara enfermedad; el silencioso y muy caballeroso René, soportando estoicamente una separación matrimonial después de quince años de convivencia; Eladio, de genio rápido, sentimental y gratamente expresivo, apoyando a su esposa en la crianza de un par de nietos en edad difícil. Pareciera que San Francisco de Asis, influido por nuestros Ángeles guardianes, nos enviaba esta gatita para entregarnos un momento grato en el difícil caminar por nuestros destinos, en senderos a veces muy empedrados.

Ella – la gata de la historia - dejaba de comer y se sentaba impertérrita a escucharnos, con sus ojitos medios achinados resguardándose del viento existente en el tejado mirando a través de la ventana y sólo continuaba su masticar cuando dejábamos de cantar y bailotear; demostrando con su actitud, que algo entendía de nuestro comportamiento. Luego de compartir, extendía mi mano a través de la reja de la ventana y acariciaba su pelaje; ella, me respondía con unos ronroneos y maullidos cortos y tenues, me miraba directo y expresivamente a los ojos y se alejaba, equilibrándose por el tejado donde fuertemente la empujaban las ráfagas de viento.

Sabíamos, que la gata, - Carlota - en su alimentación no dependía de lo que nosotros le entregábamos, su pelaje lozano y limpio y un collar de cuero; denotaban una buena alimentación y cuidado. Sus ocasionales visitas, solo era una escapada de algún buen hogar cercano para mañosear un poco más; pienso, que con el transcurrir de los años, ella se dignó también a tomarnos cariño. No puedo negar, en la mayoría de nosotros, pasó a ser como una necesidad su visita, ansiábamos que llegara, nos alegrábamos tanto cuando sentíamos sus maullidos en la ventana; sabíamos que cantaríamos a “todo chancho”, saltaríamos intentando bailar, como que si nadie nos estuviese mirando y al final nos aplaudiríamos y también, reiríamos por un buen rato. . . Situación que nos hacia sentirnos necesariamente felices.

En una etapa, esta querida minina, se nos perdió por mucho tiempo; recuerdo que Jacinto hablaba bien alto, para que todos escucháramos su voz de barítono.

- Por re diez, ¡tío! ¿Qué será de esa Gatica que hoy nuevamente no aparece?

Él, fue contratado para preparar la especialidad de cocina Española, principalmente las apetecidas “Paellas”; de niño se fue a vivir a España por la deportación política que sufrió su padre en el año 1973; volvió después de varios años a visitar sus parientes en Chile; pero, se enamoró de una linda Calameña que lo hizo olvidarse de Europa.

Comentamos y pensábamos que quizás ya no tendríamos más su peluda presencia, especulábamos que posiblemente hasta había muerto. Pero, un día inesperado, sentimos sus maullidos y ello alegró nuestra existencia... Ahí estaba, acompañada de una gatita cachorra de pelaje romano; que miraba expectante instalada un poco más atrás, dubitativa. Me acerqué entremedio de la reja de la ventana y ronroneando de cola parada y retozando entre mis dedos, entendí. . . Me estaba presentando su hija. Era una gatita de facciones delgadas, tratamos de acercarnos, pero se parada en sus patas traseras, mostrando sus garras y sus fauces con filosos colmillos, con un gutural chillido en abierta defensa y demostrando ser una huraña gatita. Sin embargo, todo esto nos llenó de alegría, encontramos explicación del

porque de su ausencia y nos sentíamos gratos que nos trajera una de sus hijas; lo más importante para nosotros, era saber que retomaríamos nuestro cantar sin restricción, esa canción que nos incentivaba a seguir conviviendo en este inhóspito clima. Ya no era un solo trozo de carne; ahora eran dos, pero que importa; siempre existía algún comensal inapetente que dejaba parte de alguna “escalopa kaul” o un “lomo grillé”.

Estas gatitas no tenían día ni horario fijo para visitarnos; creo, que era mejor, ya que nos exigía ser unos artistas improvisados. Pasó mucho tiempo que mantuvimos esta “Terapia” musical; hasta algunos entusiastas garzones y la animosa despachadora, no solo se habían impuesto de nuestro acto, si no que también nos acompañaban, cuando podían, en el coro a través de la ventanilla por donde entregábamos los platos preparados, cantando fuerte:

*“Yo soy la gatita Carlota*

*Me viene a invitar a un paseo*

*Mi novio es el gato con botas*

*Por arriba del tejado. . . “*

Pasó un tiempo y las felinas amigas dejaron de visitarnos. Los eventos obviamente nunca se detenían, por el contrario, parecía que cada día el trabajo era más extenuante y notaba que, no solo yo era el que miraba varias veces la ventana durante el turno, esperando el maullido y ver el asomo de las gatitas; extrañábamos mucho sus visitas, el canto, como también los bailes del Eladio y otros más que dependiendo de su pega en ese momento, también bailoteaban; necesitábamos aplaudirnos y vitorearnos; más que nada, reírnos y alegrarnos. Tirar para arriba nuestra autoestima y mitigar la pena ocasionada por la lejanía de nuestros seres queridos.

Diría que pasaron un par de meses; definitivamente ya estábamos resignados a que nunca más nos visitarían. Pero, un buen día en que imperaba en el ambiente un grato olor a albahaca debido a la confección de una gran cantidad de humitas de choclo; sentimos el maullar, un poco más lejano; todos miramos la ventana y ahí estaba la huraña gatita romana, sola, ¡terriblemente sola! Se formó un silencio denso entre nosotros, dejamos de trabajar y

expectantes esperábamos que apareciera Carlota, nos mirábamos unos a otros. Pasaron unos tensos momentos y ... nada, ni luces de la vieja amiga felina; Eladio, comenzó a pegar unos golpecitos, al principio suave con una cuchara de palo a una tapa de olla, intentando sacar el ritmo de la canción, con sus ojos vidriosos de arrugados párpados y con desentonada voz, baja y trémula, empezó a interpretar dificultosamente la canción:

*“Yo soy la gatita Carlota*

*Me viene a invitar a un paseo*

*Mi novio es el gato con botas*

*Por arriba del tejado. . .”*

A la mitad de la canción, ya todos manteníamos los gorros cocineros en nuestras manos, nos habíamos incorporado al coro mirando la ventana, donde se encontraba la cachorra gatita; fue como un evento especial conmemorativo de agradecimiento y despedida a Carlota, nadie bailó, solo entonamos la letra y terminamos con voz fuerte la canción, al final los aplausos fueron mas efusivos que nunca, con todas las miradas dirigidas a esa ventana; pero, debo confesar que ese día no fue mucha la alegría demostrada después de la última estrofa. Mientras me calzaba el blanco gorro cocinero en mi cabeza, miré alrededor y noté que no podíamos disimular una silenciosa pena y forzosa conformidad.

- ¡Que corra un “congrio margarita”!

Gritó un garzón, ajeno al momento que estábamos viviendo en esa moderna y gran cocina, dejando el papelito con la orden en la repisa de la ventanilla y. . . Volvimos a la realidad, mientras retomaba mi función juntando los ingredientes para preparar la salsa margarita y mi ayudante a pelar el pescado; ví a través de la ventana, como la huraña gatita romana había terminado de saborear un pedazo de “carne mechada” y se alejaba muy sola, capeando el viento crepuscular tan nortino.

**FIN**